

JOHNSON Y LA GUERRA

SE van a enviar más refuerzos al Vietnam, donde quizá se está en vísperas de una batalla cruda y amplia; pero, por primera vez, el nuevo envío de soldados para unirse al cuerpo expedicionario va a ser debatido y discutido por el senado de los Estados Unidos. El senado lo va a aprobar. Habrá un discurso de Fulbright, un discurso de Wayne Morse, en los que se exprese una fuerte opinión contraria no sólo al envío de soldados, sino al hecho de la guerra en sí. Pero la mayoría será de Johnson, que ha vivido toda su vida en la pechera del senado, que conoce todos sus resortes y los domina con seguridad. Los soldados irán esta vez a la jungla, donde hay más muertes cada semana, enviados por un alto organismo de inspiración democrática, en lugar de responder a la exigencia de un general, la implacable actitud de un secretario de defensa y la decisión personal de un presidente. Con estas tropas ya en combate, Johnson se irá a «un lugar del Pacífico» que no ha sido aún determinado, en una fecha que no se ha fijado todavía pero que puede ser el mes de septiembre, a parlamentar con sus aliados asiáticos y oceánicos en aquella guerra, los aliados con los que se ha establecido una vez más la ficción de «las fuerzas del mundo libre»; entretanto, Vietnam del Sur habrá pasado el trámite de las elecciones presidenciales, que habrán llevado un civil a la cabeza del país disputado. Con estos elementos se habrá lanzado un nuevo manto democrático sobre la sangrienta situación. Un senado envía tropas, unos aliados se reúnen, un país constituido sobre unas elecciones recibe la ayuda generosa y desinteresada de los demás. Simultáneamente, la guerra se habrá ampliado. La guerra tiene ya una amplitud desmesurada, que en Europa aparece un poco desvaída por la lejanía y la falta de información. Se dice que los bombardeos diarios de Vietnam del Norte son equivalentes a los realizados sobre Alemania en los últimos tiempos de la guerra. ¿Cómo es posible que aquellos bombardeos consiguieran anular una potencia tan poderosa como el III Reich y, en cambio, su efecto se pierda sobre el Vietnam del Norte? Precisamente porque Alemania tenía un corazón mecánico; la destrucción de las industrias, de las carreteras, de los ferrocarriles lo dejaron virtualmente indefenso; el heroísmo de la lucha a pecho descubierto estaba desplazado en aquellos momentos. Paradójicamente, la pobreza industrial del Vietnam resulta su mejor defensa. Es un pueblo de hormigas. Los técnicos aseguran que solamente la destrucción del puerto de Haifong —por donde llegan los suministros de la Unión Soviética, donde calan los barcos de los países neutrales— podría ser eficaz; pero el puerto de Haifong es, hasta ahora, un santuario protegido por su internacionalidad, por los conflictos que arrastraría su destrucción con los otros países. No olvidemos que no hay un estado de guerra oficial entre Estados Unidos y el Vietnam del Norte y que, por lo tanto, los puertos y las ciudades de ese país se consideran, jurídicamente, libres.

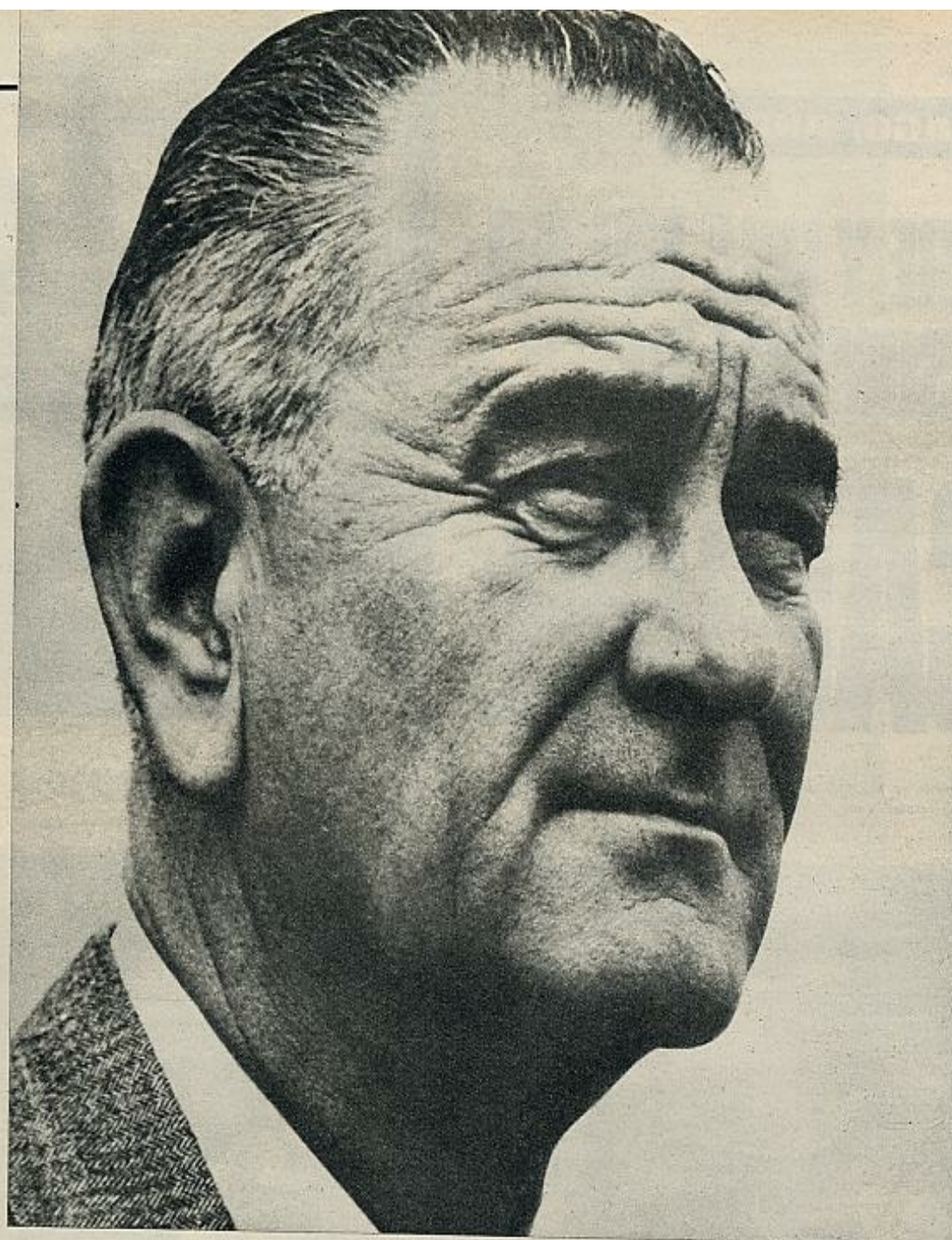
La ampliación de la guerra en el Vietnam no solamente no es perjudicial ahora para Johnson, sino que es deseable. Siempre que se reúnen unas condiciones externas que son las que está buscando, y que son las del pretexto de la intervención justa, compartida por otros países, apoyada por los representantes de su nación y en socorro de un país democrático víctima de una agresión. Se trata de adoptar un rostro electoral. Se trata de crear una sociedad conservadora que soporte esa situación, una apariencia democrática que la justifique y una situación de crisis que la haga indispensable. La misma existencia de la guerra es un factor que conduce a una mayor tendencia conservadora en la situación americana. «Las guerras hacen las sociedades más conservadoras porque su energía se mantiene dirigida hacia el exterior,

hacia el enemigo, en lugar de hacia el interior, contra los intereses que se resisten a cambiar», escribe en un editorial el «Herald Tribune» (5 de julio). Las peripecias de Oriente Medio han rehecho una unidad conservadora de la nación, con escasas discrepancias (en favor de Israel) y han contribuido un poco al desprestigio de los enemigos exteriores de Johnson, sean de la escasa significación de Nasser o de la elevada del general De Gaulle.

El rostro electoral que adopta Johnson, que parece que ya ha elegido para la campaña presidencial, es el ceñudo rostro de los «días difíciles» sobre el dogma político según el cual «no hay que cambiar de caballos en medio de la corriente», frase popular americana lanzada con éxito hace más de un siglo —en 1848— por Abraham Lincoln para su campaña de reelección en plena guerra civil. Si todas las comparaciones son odiosas —dijéramos, siguiendo la vena paremiológica—, la de Lincoln con Johnson, la de la guerra contra la esclavitud y la guerra contra el Vietnam, son particularmente odiosas. Roosevelt, en las campañas de 1940 y 1944, se agarró al mismo tema. Es, sin duda, a esos antecedentes históricos a los que alude Johnson ahora, hablando ante los demócratas de Los Angeles. «Vuelvo la vista a los problemas que han tenido otros presidentes y no puedo recordar muchos de ellos a los que los americanos hayan vuelto la espalda en un tiempo de crisis o en un tiempo de guerra». Tiempo antes de esta frase, que es de la semana pasada, un historiador y pensador político americano, Arthur M. Schlesinger, había escrito: «La historia que se invoca constituye verdaderamente la fuente de la política adoptada, o es solamente la fuente de los argumentos destinados a justificar la política adoptada en virtud de otras razones?». Y también: «Cuando un hombre de estado comienza a comparar el presente con el pasado, la magia de la analogía puede llevarle mucho más lejos de lo que en realidad se proponía» (Arthur M. Schlesinger Jr., «Una amarga herencia», Editorial Lumen, Barcelona, 1967).

La facies que adopta Johnson para enfrentarse con su problema electoral es la del conductor de la nación en tiempo de guerra, en circunstancias graves; la de Lincoln en lucha contra los esclavistas del Sur, la de Roosevelt en lucha con los fascismos europeos y el imperialismo japonés. Va a tener que hacer un esfuerzo de rictus demasiado grande para representar el papel de sus antepasados en el cargo. Lo está haciendo, sobre todo, para asimilar las situaciones: es decir, para acrecentar el sentido de «lucha por la libertad» y para aumentar la noción de gravedad de la situación. Y para retrotraer la sociedad americana a una situación conservadora. Una situación en la que ciertos problemas de índole interior deben sustraerse ante la presencia de la «gran amenaza».

No le van a dejar. No le va a dejar, en primer lugar, su propio partido. El discurso del senador Kennedy ante el senado el jueves de la semana pasada, el mismo día que McNamara regresaba de Saigón y se anunciaba que el envío de refuerzos al Vietnam pasaría ante las Cámaras —esto es, en un día de política exterior—, se planteó, en términos de excepcional dureza, sobre cuestiones interiores, y sobre una cuestión perfectamente enraizada con el esfuerzo de guerra: la lucha contra la pobreza. Todo el programa previsto al principio de la legislatura de Johnson —el programa sobre el que basó su propaganda electoral, junto con el del apaciguamiento mundial— está comprometido: la educación de la juventud, la renovación de los suburbios, la medicina social ven sus fondos y sus atenciones comprometidas por el esfuerzo de guerra. El tema es de gran trascendencia, dentro, precisamente, del partido demócrata, que es el partido que se erige tradicionalmente en



**Por EDUARDO
HARO
TEGLEN**

**El rostro electoral
que adopta Johnson
es el ceñudo
rostro de los días difíciles.
Su dogma político:
«No hay que cambiar
de caballos
en medio de la corriente»,
una frase de Lincoln.**

defensa de los privilegios y que recibe, en consecuencia, el voto de los pobres, el de los negros, el de los emigrantes recién nacionalizados. Kennedy es demasiado inteligente para oponerse a Johnson en el tema de la guerra del Vietnam directamente, en un momento de regresión conservadora del país y de irradiación de la popularidad presidencial como consecuencia de la fácil victoria frente a Israel y de la visita de Kossiguin. Pero puede puntuar, y puntúa, en las cuestiones de política interior.

No parece que el senador Kennedy haya decidido aún presentarse a la candidatura del partido demócrata para la presidencia; no es fácil que lo vaya a hacer. Sólo una catástrofe podría impedir que Johnson fuese presentado a la reelección por su partido, y sólo una catástrofe podría hacer que las perdiese en beneficio de los republicanos; lo que parece más probable es que Kennedy se reserve para las elecciones de 1972, a las que llegará en plena juventud, y que se esté reservando ya temas para entonces. Sin embargo, las catástrofes no pueden ser excluidas. Estamos en un mundo de perfiles catastróficos. Un revés militar considerable en el Vietnam se volvería contra Johnson —aunque no en favor de Kennedy, sino en favor del partido republicano—; y es posible. Un revés político en la misma zona podría destruir el nuevo mito johnsoniano. La posibilidad de ese revés político no solamente no está excluida, sino que es verosímil. El general Beaufre—escritor militar francés de tendencia muy conservadora, es en la actualidad director del Instituto de Estudios Estratégicos— alude a ella en el último número de «Realités», después de un largo viaje de estudios por Asia, que le ha llevado a Saigón.

Según Baufre, «el vietcong está en el interior mismo de Saigón, y las personalidades bien situadas no dejan de tener contacto con él. Se dice que incluso el general Ky habría realizado aperturas hacia el FLN con la finalidad de llegar a un acuerdo "entre vietnamitas". Pero la reacción fue categórica: "¡Contigo, jamás!". Sin embargo, muchos observadores estiman que hay hombres, survietnamitas, que están en París, en Hanoi e incluso en los mismos Estados Unidos, capaces de llegar a un acuerdo con el vietcong. Algunos estiman que sería posible instalar en Saigón un gobierno de "neutros" opuestos a la guerra, un poco anti-americanos, muy nacionalistas y xenóforos, que tendrían el apoyo de los budistas. Podría impresionar considerablemente al vietcong y atraer a una gran parte de la población. Si tal evolución se precisase, sería posible una negociación paralela sobre la integración de elementos del vietcong en el Gobierno y sobre la evacuación de las tropas americanas».

Una sencilla presión realizada desde Washington para favorecer esas fuerzas conciliadoras, podría traer la solución de la guerra sin «vencedores ni vencidos», con la que siempre se sueña; hecha con la anuencia de Johnson, significaría su elevación inmediata. Hecha contra Johnson, su caída irremediable. Sin embargo no parece que el presidente elija ese camino, sino el contrario. Tal vez el otro le sea imposible; tal vez la presión de las grandes industrias de guerra sea superior a su capacidad de decisión. Y el rostro que adopta es el único que puede, el único que le dejan adoptar.